

HCR
056
R454-rc

San José, Costa Rica, 17 de Abril de 1938



San Juan Bosco, el gran Educador de la Juventud

Pocos tienen como él, el insigne honor de que su estatua ocupe un lugar preferente en la grandiosa Basílica de San Pedro, en Roma

Clisé, gentileza del Eco Católico.



056

R45472

C.R.



**Contra
diarrea**

*tomamos, mamá,
papá y yo siempre*

TABLETAS DE

Eldoformo



Bettina de Holst Hijos

Ha recibido inmenso surtido de flores para altares. Géneros, brocados para vestidos de Semana Santa. Encajes y bordados para manteles de altares, géneros para albas y todo lo referente a adornos de iglesia.

Bellísimos galones de seda y de metal, para ornamentos.

DIRECTORA:
Sara Casal vda. de Quirós
Apartado 1239
Teléfono 3707
OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántic
Avenida 1a. — altes 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 17 de Abril 1938

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

Existen personas que no se dan cuenta que pagar injustamente el trabajo de la mujer es un robo

ES DE URGENCIA NOMBRAR UNA COMISION DE VIGILANCIA, DICTAR ORDENES ESTRICITAS PARA QUE SE LA TRATE CON LA DEBIDA CONSIDERACION

En Estados Unidos la mujer tiene sus representantes en el Congreso para que defiendan sus derechos, haciendo una labor de justicia en favor de las obreras

La oficina técnica del trabajo debe interesarse por resolver este problema, dice doña Sara Casal v. de Quirós en interesante artículo para "La Tribuna"

Tribuna del 3 de Abril de 1938.

La vida se hace cada día más dura, la lucha para ganar la subsistencia es terrible, a muchas personas les es imposible conseguir trabajo. Y aprovechanse de esta difícil situación muchos que no tienen conciencia, pagando salarios ridículos. La mujer es la peor víctima en esta lamentable situación porque los hombres siempre han tenido el prejuicio de que el trabajo de la mujer vale menos que el trabajo del hombre.

Nos parece una gran injusticia pagar por coser una docena de camisas de hombre ₡ 1.60; por una docena de camisas de costura más esmerada ₡ 3.00; por una docena de pantalones ₡ 2.25 y así por el estilo son los precios, a que se ve la mujer obligada a trabajar para no morir de hambre.

Nos decía una pobre muchacha, la que se ve flaca y extenuada; imagínese usted que renemos que callarnos, pues si decimos lo que nos pagan nos amenazan con no darnos más trabajo.

Ahora por ejemplo me dan dos docenas de camisas por semana, lo que me sale en ₡ 3.20. es sumamente poco para vivir; vivo en un pueblo cercano, no puedo pagar camión, gasto zapatos y ropa, total que lo que me viene a quedar es casi nada.

Y la situación de las que le trabajan a los polacos es todavía peor porque son más duros para pagar el trabajo.

Nos decía esa muchacha, viera cómo nos tratan, con mucha ordinareiz, los jefes en las fábricas son terribles.

Creemos que es de urgencia nombrar una comisión de vigilancia, dictar órdenes muy estrictas para que esos hombres traten a la mujer con la debida consideración.

En Estados Unidos como la mujer vota, tiene sus representantes en el Congreso para que defiendan sus derechos y han hecho las mujeres una labor de justicia a favor de las obreras muy encomiosa. La mujer es tratada en las fábricas con la mayor consideración y los dueños de tiendas y almacenes tienen que proporcionarles a las empleadas todo lo

que la higiene exige para la salud de la mujer. Así por ejemplo: les tienen asientos confortables para cuando están desocupadas, los lugares dónde trabajan bien aereados, higiénicos y según el trabajo, su tiempo de descanso...

Más aún, los grandes almacenes les proporcionan una alimentación sana y adecuada al trabajo que realizan y a precio de costo.

No comprende una cómo existen personas tan sin corazón, tan avaras, que no se den cuenta de que pagar injustamente el trabajo de la mujer es un robo; no debieran olvidar que la justicia divina existe, que Dios no puede hacer feliz, ni permitirle que goce de la vida a quien explota inicuamente el sudor del pobre.

Cuando comete injusticias un campesino ignorante, menos mal, pero cuando son explotadores del trabajo personas cultas, instruidas, muy leídas e inteligentes, de posición social, nos quedamos estupefactos.

En su afán de acumular riquezas no reflexionan que el dinero mal habido se esfuma, que ese dinero amasado con el sudor del pobre y con hambres y penurias de infelices mujeres no puede ser un dinero bendecido por Dios, todo lo contrario, es dinero maldito que hará la desgracia de quien lo acumula.

Otro trabajo que también es muy explotado es el de los menores. En los campos emplean chiquillos para hacer ciertos trabajos que no dejan de ser rudos y los pagan pésimamente.

Aquí en San José le pagan a jovencitos sueldos ridículos, ni para comer les alcanza, y sin embargo esos chiquillos hacen mandados, venden, hacen comisiones delicadas y todo ese trabajo debiera estar bien remunerado.

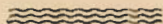
El salario debiera estar de acuerdo con los gastos de la vida. Todo está muy caro, el vestido, el calzado, los comestibles, los alquileres de casa, etc.

Si se paga mal al trabajador, puede decirse que uno mismo los obliga a robar para no morir de hambre.

En cuanto a la mujer obrera mal pagada, es un mal que debe remediarse cuanto antes, pues ello será causa de males mayores.

Esperamos que la Oficina de Trabajo se interesará por resolver este problema, es la única que puede hacer que la justicia reine para que se pague lo justo por el trabajo de la mujer.

No abandonaremos esta campaña hasta no ver a la mujer justamente retribuida por su trabajo.



El comunismo

Vibrante artículo de Oliveira Salazar, jefe del gobierno derechista de Portugal

El comunismo parece nuevo y es muy viejo. Desde la antigüedad, Platón se refirió a él en su "República", y existía aún en Rusia, en la primera organización política y social del pueblo esclavo. La revolución rusa, puro fenómeno de raza, puede ser considerada como un retroceso, una reconquista llevada al extremo. Y Lenin, a quien los comunistas admiran y veneran tanto, Lenin, imagen de su culto, no ha creado el sistema: fue solamente el formidable realizador de las ideas de Karl Marx; fue ciego ante la historia, an-

te la experiencia, ante los resultados visibles en miseria y sufrimiento, de su ideología. Tomás Moro y Gerardo Winstley representan a su vez ese comunismo latente, entre la reforma y la Revolución Francesa. Se concibe pues, que el comunismo no es nuevo, que ya ha vivido en la imaginación de los hombres y que, acaso, está en vías de agonizar en su realización moderna.

Es evidente que el capital debe ser transformado, disciplinado, educado, de modo que aproveche primero a la colectividad en el sen-

tido de un mejor rendimiento social. Pero no se crea que sea posible suprimirlo. El capital no puede tampoco servir de barrera entre los Estados burgueses y los Estados soviéticos. El sentimiento de la propiedad privada es tan inherente a la naturaleza humana, que comienza a renacer en la propia Rusia. Los periódicos soviéticos lo denuncian, alarmados del fracaso de su ideología. La revolución rusa ha sido un gran experimento aplicado a un pueblo moderno y en vía de industrialización. Pero este experimento no está aún terminado y no sabemos cuáles serán sus conclusiones. Peligroso, insensato, sería pues, tomarlo como modelo. Hablo desde el punto de vista económico; pues desde el punto moral, los que tienen detrás veinte siglos de civilización cristiana, no tienen necesidad de esperar las lecciones de una experiencia que la antigüedad ha realizado ya concluyente y completa-

mente.

Lo que se puede afirmar, sin duda, es que la revolución rusa, por su extensión, su gran violencia y los crímenes que ha cometido, ha avivado esas ideas latentes, forzándonos a combatir su marcha impetuosa y disolvente, empujándonos a su encuentro, por la misma necesidad del combate. Pienso siempre que todas las revoluciones, grandes o pequeñas, vuelven más amarga la vida de los pueblos, y que siempre es preferible reformar a revolucionar reformando. Yo no niego que no haya, de tiempo en tiempo, sacudimientos necesarios y aun inevitables. Por eso es de desear que tales sacudimientos no se produzcan entre nosotros, sino entre los vecinos. No seamos ambiciosos. Contentémonos solamente con resistir los grandes choques.

Oliveira Salazar.

El Catolicismo Social frente al Socialismo

(Viene del número anterior.)

LA POLITICA SOCIAL EN LA ELABORACION DE LOS PRESUPUESTOS

Y nosotros entendemos que la justicia no se opone a que los recursos del Estado se destinen de preferencia al mejoramiento de las clases trabajadoras. La mejor política social será aquella que se traduzca en la elaboración de los presupuestos del fisco con un criterio social encaminado a levantar el nivel y mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras.

Señores: alejado y desvinculado en absoluto de la política, yo destaco ante vosotros el hecho de que no hay ni habrá partido político alguno que no inscriba en su bandera; ni hay ni habrá aspirante alguno a puesto de elección popular que no repite antes sus electores, frases del estilo de estas que de tanto repetir las van perdiendo su valor: protección del obrero, mejoramiento de sus condiciones de vida, elevación de las clases proletarias, re-

generación del pueblo, felicidad de todos los hombres.

Pero ni los partidos ni los políticos le dicen al pueblo de qué manera, mediante qué actos van a mejorar su suerte, elevar su nivel de vida, asegurar su prosperidad y dicha.

Hoy, señores, las cosas van adquiriendo un cariz tan positivista que todas ellas, así sean las más bellas aspiraciones o los más generosos proyectos, se reducen a una cuestión económica, a una mera y trivial cuestión de dinero.

Qué vale el más bello programa educacionista con la descripción minuciosa de grandes universidades, de laboratorios y academias, de granjas experimentales, institutos técnicos y escuelas campestres; programas en que ya se pinta al territorio nacional sembrado de primorosos edificios llenos de luz, de flores y alegría donde niños risueños y robustos reciben en espaciosas aulas o a la sombra de frondosos árboles la más técnica, adecuada y efi-

ciente educación, si en llegando a la realidad los presupuestos del Estado apenas dan margen para pagar un ínfimo sueldo de hambre a los maestros y éstos tienen que luchar lo indecible para alcanzar que se les cambie el tablero desvencijado o se les reemplacen los destrozados bancos, porque no hay partida para muebles?

De la misma manera, señores, no hay que creer en los paraísos sociales que nos describen cuantos aspiran a conquistar el favor de las masas, mientras no nos digan con cuánto cuentan para edificarlos, o mejor, en cuántos pesos votados para beneficio del trabajador avalúan su fervorosa adhesión a la causa del proletariado.

Si la sinceridad y la buena fe primaran en el campo de la política, los programas de los partidos podrían reducirse a un simple proyecto de presupuesto. A su vista sabríamos qué tanta importancia le conceden sus autores a la instrucción, a la defensa de la patria, al fomento de la agricultura, etc., cuáles son sus ideas sobre la protección de la industria nacional y el libre cambio; cuáles son las obras públicas que prefieren adelantar y, sobre todo con qué impuestos se piensa agravar al pueblo, cuánto se va a malgastar en altos sueldos y contratos de favor, y con cuánto se le piensa retribuir efectivamente.

Nosotros proclamamos, pues, la necesidad de un criterio social en la elaboración de los presupuestos de rentas y gastos. El pueblo quiere — como lo dice a su manera — que se le hable en plata; y yo creo que sólo quienes se preocupan sinceramente por su suerte están en capacidad de tener un tal lenguaje.

LA CUESTION AGRARIA

Decía atrás que el catolicismo social pide una política de favor para las clases trabajadoras. Ahora bien, entre éstas, si hay alguna que le merezca a nuestra doctrina una especial atención y solicitud es la clase campesina. Porque de una parte su situación es en extremo precaria, y de otra, es en ella donde se encuentran, por su vinculación a la tierra, por la pu-

reza de sus costumbres, por la importancia de su trabajo y, sobre todo, por su vida sana, la más firme defensa del orden social y el más sólido baluarte de las tradiciones religiosas.

Por la clase campesina sí que es cierto que hay que hacer no sólo todo lo que la justicia exija, sino todo lo que la justicia permita.

Si hay un problema agrario y ese problema depende de la "existencia de dominios incultos o sometidos a métodos de cultivo inferiores, cuyo aprovechamiento y mejora son indispensables al bien de la comunidad; o bien, si existiendo una explotación técnica satisfactoria, ésta provoca por su excesiva concentración el nacimiento y desarrollo de un proletariado rural presa de la miseria, obligado ya a la deserción de los campos, ya a la emigración, ya a cualquiera otra alternativa contraria al bien general", la reforma agraria se impone. Ahora bien, es bueno advertirlo, no es el catolicismo social, que niega a la propiedad el carácter de derecho absoluto, el que ha de oponer se a una justa y necesaria reforma agraria. Por el contrario, la más autorizada síntesis de su doctrina afirma en su art. 78 que en los casos que acabo de mencionar, "el Estado tiene derecho a decretar el desmembramiento de los cultivos, y, caso necesario, el de las propiedades. El ejercicio de este derecho se halla siempre subordinado a la concesión de una justa y previa indemnización."

LA DIFUSION DE LA PEQUEÑA PROPIEDAD

La difusión de la pequeña propiedad no es para el catolicismo social una simple solución al problema agrario, una satisfacción a las justas aspiraciones de la masa campesina. Nó, para nuestra escuela es mucho más: es una de sus más caras aspiraciones y una de sus más preciosas finalidades.

Frente al socialismo que niega el derecho de propiedad particular o individual y aspira a que, por lo menos la tierra y los medios de producción pasen a ser propiedad colectiva de todos, lo que equivale a decir de ninguno, por que donde todo mundo se tiene por amo, nadie lo es en realidad, el catolicismo social afirma

muy en alto el derecho que todos tienen a ser propietarios y encamina sus esfuerzos a que toda familia sea propietario de su casa y de un pedazo de tierra.

El deseo socialista de acabar con el derecho de propiedad o de hacerlo colectivo parece dictado por un sentimiento de envidia que se enunciaría así: como ni tú ni yo tenemos, que nadie tenga. Por el contrario, nuestra escuela persigue afanosamente la difusión de la pequeña propiedad y quiere que todos lleguen a ser propietarios, porque nada habrá que haga sentir más al obrero su personalidad que el hacerlo dueño y señor de un pedazo de tierra, nada contribuirá tanto a la tranquilidad de las familias como el asegurarles su vivienda y el preservarlas de las torturas a que las somete permanentemente el pago del arrendamiento; nada afianzará más los vínculos de aquéllas que esa pequeña heredad que a todos congrega con cariño; y nada alegrará más la vida del obrero que el trabajo en su jardín propio, en su huerta propia, respirando el aire puro, cultivando las flores que han de embellecer su casa o las legumbres que han de contribuir al sustento de sus hijos.

Estudiar los esfuerzos que en este sentido

se han hecho ya en el campo de la legislación para facilitar el acceso a la pequeña propiedad y garantizar su conservación contra toda suerte de peligros, ya en el de la acción social por medio de ligas u organizaciones encaminadas a proporcionar los medios y recursos para alcanzarla, es estudiar uno de los capítulos más interesantes del Catolicismo social y aquel en que quizás brilla de modo más singular su benéfica y trascendental acción.

Permitidme que al tocar este asunto anote de paso, como ejemplo local que ilustra mi tesis, que aquí en Bogotá el problema de las urbanizaciones no vino a ser avocado sino cuando los miembros del Centro Ketteler, puestos en contacto con los habitantes de los barrios obreros y persuadidos de que aquellos estaban condenados al despojo, alzaron el grito de angustia, hablaron en las juntas cívicas de los barrios, escribieron en la prensa y redactaron, hicieron suscribir y elevaron al Presidente de la República aquel memorial donde se denunció su triste suerte y se trazaron las soluciones para cuya implantación fue creado el Instituto de Acción Social.

(Continuará)



Muchos no comprenden y otros no quieren comprender

Y ésta es la causa fatal que lleva a muchos a su ruina segura. Si a muchos se les preguntara ¿y Ud. por qué es comunista? nos responderían pues yo soy comunista porque si el Comunismo triunfa entonces se acabarán los pobres porque los ricos dejarán de serlo y la propiedad se dividirá y todos tendremos algo. Los que así hablan dan a entender que no saben lo que es el comunismo pues de sus propagandistas es lo único que han oído y naturalmente que es buen cebo para pescar incautos el hablarles de aquello de que adolecen y claro que en un país en donde la mayoría son pobres no se puede negar que es buena táctica el hablarles y asegurarles que dejarán de serlo si abrazan el comunismo. Desgracia-

damente para muchos el comunismo es sólo eso, es decir un sistema que abolirá la pobreza de aquí que en muchos no hay un convencimiento exacto de lo que es el comunismo y por ésto lo abrazan.

Pero su ignorancia no los disculpa del grave daño que hacen al aprobar con su voto un partido y una doctrina que tantos males ha causado en el mundo. Ya no puede existir en este particular una ignorancia que disculpe pues la primera autoridad moral de la tierra el Romano Pontífice se ha encargado como Pastor vigilante, en hacer conocer ante el mundo entero las funestas doctrinas del comunismo y sus terribles consecuencias, ha manifestado que tales teorías son abiertamente opues-

tas a la Ley Divina y a la moralidad cristiana, llegando a manifestar el Papa de una manera categórica la imposibilidad de ser a un mismo tiempo católico verdadero y comunista convencido, son dos términos que mutuamente se excluyen, como la luz y las tinieblas.

Y además del Sumo Pontífice, hay que reconocer que nuestro clero, para mucha honra suya, ha sido muy obediente a la voz del Papa y no ha dejado oportunidad de manifestar a sus fieles los peligros que encierra un sistema tan enemigo de Dios.

Parece mentira que existan inteligencias tan obtusas que cierran sus ojos ante la evidencia de los hechos, tenemos un ejemplo viviente de los estragos producidos por el comunismo, allí está la desventurada Rusia que para su desgracia ha sido teatro de las iniqui-

dades del Comunismo, el mundo entero la contempla con horror, pues el menos perspicaz tendrá que reconocer que es el comunismo y solo él quien la ha precipitado en semejante ruina.

Demasiado claras son las palabras del Papa para que no sean comprendidas, con mucho conocimiento de causa ya que su sistema es antirreligioso y antisocial y quien así habla no es un palurdo cualquiera, es la primera autoridad moral de la tierra, el Papa, que muy enpapado de las cuestiones sociales, dá su grito de alarma, pues él es el centinela del cristianismo y él en virtud de su autoridad nos dice muy claramente que no se puede ser al mismo tiempo católico verdadero y comunista práctico.

Fernando Sarratea S.
Pbro.

Rectificación que hacemos con mucho gusto

No fue la Municipalidad de Puntarenas, como dijimos en nuestro número anterior, la que dictó medidas de protección para sus niños, sino el Patronato Nacional de la Infancia establecido en aquel puerto y cuyo presidente es nuestro apreciado amigo don Macedonio Esquivel.

Ya que hubo equivocación de nuestra parte, que sirva al menos a esa Municipalidad y a todas las Municipalidades de todo el país

para que se preocupen verdaderamente de la moralidad de sus pueblos, protegiendo con ello a los niños, pues no sólo las municipalidades, sino todas las autoridades del país y particulares debemos preocuparnos por la moralidad y sobretodo velar porque no se corrompa a la niñez.

Nuestras felicitaciones muy sinceras para don Macedonio que fue el de la iniciativa y también a todos los apreciables caballeros que forman ese Patronato.

Doña Froilana vda. de Quirós

Confortada con los Santos Sacramentos dejó de existir el 7 del presente la virtuosa señora doña Froilana vda. de León.

Su vida fue un modelo de virtud y de piedad.

Para sus apreciables hijos, Atilia de Rodríguez e hijos, Emilio y Raúl León, sus her-

manos los presbíteros don Ricardo y Mariano Zúñiga y doña Rafaela vda. de Salazar e hijos y demás miembros de la apreciable familia doliente, enviamos nuestro más sentido pésame.

Suplicamos enviar oraciones al Señor por el eterno descanso del alma de doña Froilana.

NOVELA

Continuación

las sacrosantas habitaciones (veneradas como reliquias) en que durmieron algunos reyes. Seguro que don Blas habrá hecho gala de su fecunda erudición y habrán salido a relucir hechos de armas, leyendas, glorias y hasta parañas, que nada perdona el culto capellán en su imparcialidad de narrador. Mientras ellos hacían esta especie de peregrinación histórica, yo me ocupaba del arreglo de la capilla, ayudada del viejo jardinero y varias doncellas. Un camión de flores recién llegado de Valencia, ha vertido su perfumada carga en el patio de honor y ha sido transportada a la hermosa capilla. Flores blancas, la primera sonrisa de una primavera precoz. Alhelíes, jacintos, rosas tempranas, lirios frágiles, tenuemente veteados de estrías moradas, unos raros manojos de violetas de Parma... Desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche ha durado nuestro trabajo, pero la Virgencita negra de Monroy estoy segura de que no ha sonreído jamás entre tantas corolas perfumadas unidas en guirnaldas de hiedra, dispuestas en ramos sueltos, flexibles y artísticos, diseminadas con naturalidad cabe el camarín y el sagrario que, aunque vacío de la Augusta Hostia, sirve de albergue a un maravilloso crucifijo de oro. Los reclinatorios han sido vestidos con vaporosos velos sujetos por blancos claveles... Todo blanco.

Al mirar al altar impoluto, he recordado el aspecto immaculado del paisaje por ahora hace un año, cuando aquella imponente nevada que te referí. La Virgencita negra y su Niño han sido lavados convenientemente y adonados con sus valiosas alhajas. Lina ha tenido el rasgo de regalar a la imagen un precioso collarcito de brillantes montado en platino que yo misma le ceñido a su garganta morena... Durante estas horas, he mantenido a mi pensamiento en rigurosa disciplina, alejada mentalmente del "gran suceso", toda mi atención se ha fijado en la tarea artística.

Cuando he salido de la capilla después de oír las exclamaciones aprobatorias de Flo-

ra, sinceramente entusiasmada, había llegado ya la familia de Sorrosal y cuatro o cinco señores graves, más o menos parientes de Lina, y habían tocado también dos veces a la comida de gala en el comedor de etiqueta.

La misma Flora ayudó a Carmelina a vestirme, ansiosa de que no se hiciera tarde. Heme puesto un traje cualquiera, a gusto de mi doncella, y tan sólo al concluir de vestirme, me he dado cuenta al verme al espejo y advertir un elocuente signo de aprobación de mi suegra, de que mi vestido y yo estábamos aceptables. Era éste un traje azul porcelana y un aderezo de perlas con collar de tres hilos. Silencio de expectación al entrar en el estrado Flora y yo. Un señor calvo, tío abuelo de Lina, ha preguntado a la Sorrosal al pasar yo:

—¿Quién es esta muhacha?

—La viuda de Luis el otro hijo de Flora, que murió en África, en un accidente de aviación.

—¿Conque... viuda de un hijo de Flora? Duquesa viuda de Monroy, entonces. No estará mucho tiempo viuda, me parece. Es demasiado guapa...

—Ya estaría casada si ella hubiese querido — replicó secamente la baronesa.

A buen seguro que no me perdona el haber rechazado a Quiquí.

Después de esto mi presentación oficial a Monseñor Paccini, persona afable y simpatiquísima que me ha concedido el honor de dedicarme su particular atención, y luego la comida por todo lo alto.

Seguidamente, hasta las once, en que Monseñor ha pedido permiso para retirarse, iniciando así el desfile, la velada ha transcurrido rápida y suave. Jorge, sonriente y alegre, ya concedía a Lina sus atenciones, y ésta, extraordinariamente formal y comedida para lo que ella acostumbra, sintiéndose ya "señora mayor" y ensayando el papel de ama de casa a la vista de la duquesa, iba y venía concediendo a todos el don de su afabilidad. Yo...

¿dónde estaba yo en esta memorable velada? Mi cuerpo, junto a María Gabriela Sorans y la mayor de las hermanas de Quiqui, y mi alma entera en la Fuente Roja, evocando aquellas viriles palabras amorosas del duque de Monroy, cuya vida yo misma he destrozado al destrozarse la mía... ¿Tendrá razón don Blas y en vez de realizar un acto meritorio habré jugado audazmente con mi propio corazón y con el de Jorge? ¿Será heroísmo o cobardía mi acción?

María: en mi alma hay un caos y va no distinguiendo el bien y el mal. No experimento la satisfacción del deber cumplido... Algo así como un remordimiento hurga como aguijón en mi conciencia... He querido encaramarme en la cumbre de la perfección y del remordimiento, y ahora resulta que el fracaso más completo me coloca en esa misma altura como en una picota. Ni honra ni provecho; bien está.

Asomada al mirador trágico, he meditado todas estas cosas hondas e ingratas. La noche ha sido clara, con un cielo diáfano y terso como de estío. Al claror de la luna, el esquema del castillo y hasta mi propia silueta se recortaban sobre las rocas que basamentan los cimientos de Monroy. Era la media noche, hora del misterio, en que las hadas cantan entre las frondas y los gnomos juegan entre los juncos de las riberas. Quizás durante un rato he esperado ver aparecer la sombra evocadora, legendaria, de la pobre princesa napolitana de sobre el haz de sombras y negruras que envolvían el río. La gesta del silencio y las sombras ha abortado y sólo he sentido el contiguo golpetazo de un ventanal próximo que se abría, dibujando luego, frente a mí y junto a mi sombra, otra sombra de hombre que no era fantasmagórica ni trágica, sino simplemente la vulgar silueta de un varón que fumaba lentamente un cigarrillo. La silueta de Jorge. Por un momento he pensado lo diferente que hubiese podido ser para él y para mí aquella víspera de bodas pero ha sido un momento nada más.

He reaccionado energicamente; aun no es un pecado pensar en él, pero mañana lo será... He cerrado suavemente la vidriera y me he metido en mi cuarto pensando que Jorge está ter-

riblemente enojado conmigo... y que acaso tenga razón.

Monroy, 20 de febrero, al anocheecer.

Todo ha terminado, María queridísima, pero felicítame: no he llorado, ni me he desmayado. Un poco amarilla sí que estaba, pero ¿para qué el colorette sino para los momentos difíciles?

He salido de las manos de Carmelina como la propia rosa "Duquesa Inés". Ya sabes que yo soy enemiga del "maquillaje", pero "por el honor del nombre", me he impuesto hoy este nuevo sacrificio. Quedamos en que me he mantenido digna, serena, ecuánime y "sonrosada". A la altura de las circunstancias, en fin. Flora y el conde de Sorans me han felicitado, pero tengo el alma yerta... Soy un pelele, una máquina, un juguete de cuerda: todo, menos una mujer.

Habíamos quedado en que impresiones ninguna; pero yo me muero, María, si no te digo que estoy aplanada, que no puedo más. Sinceramente, yo creía que desde la muerte de mi hijito y de mi Luis, me había quedado sin nervios, pero he aquí que ahora han vuelto a decir "aquí estamos nosotros", y esta mañana, durante la ceremonia nupcial... he roto los broches de oro de mi devocionario a fuerza de apretar los dedos sobre ellos para contener la congoja que me acometía.

Quisiera que hubieras visto a Lina con su traje de desposada. Estaba muy bonita, con esos ojos tan grandes y esa boca tan infantil. Luego, su menguada figurilla ganaba en amplitud de líneas y en estatura entre las gasas del velo y el encaje del manto. Ha tenido el buen gusto de prescindir en absoluto de las joyas, y así, ataviada simplemente con sus guirnaldivas de azahar, era la novia más ingenua y encantadora que soñar se puede. Yo le he puesto el velo, a sus ruegos reiterados; le han llevado el manto dos monísimas chiquillas: la pequeña del tío Pepe Sorans y la nena de Maruja Sorrosal. Imposible darte idea del número de los invitados. Los automóviles no cabían en los patios, pistas y explanadas del castillo, quedándose muchos en el camino, donde formaban cola. Además, Flora ha mandado abrir los grandes aposentos donde los

soldados se ejercitaban en la esgrima antiguamente, y como la comitiva tenía que atravesarlos, en ellos se han colocado, a izquierda y derecha, los colonos y dependientes de la casa, amén del pueblo casi en masa que ha subido a aclamar al señorita Jorge. Patios, salones, galerías, todo estaba invadido. El portero y el mayordomo se han cansado de luchar con ellos, y al fin les han dejado entrar. Saben que a Flora no le contrarían estos actos de homenaje de los humildes, que, por lo demás, han guardado un orden y una compostura perfectos.

A las diez en punto, el conde de Sorans ha presentado su brazo a la marquesa de Navas de Robleda, encabezando la comitiva. Luego... como entre sueños, porque todo me daba vueltas y las piernas me temblaban y los oídos me zumbaban, he advertido a Jorge de Monroy inclinarse ante mí, diciéndome con voz seca y hueca como la víspera:

—Cuando quieras, Inés.

Quizás hasta aquel momento no me había dado yo cuenta de que tenía que ir a la capilla del brazo del novio en mi calidad de madrina, y así repuse con expresión estúpida:

—¿Qué quieres?...

Jorge me miró un momento a los ojos. Aquella mirada, ¿duró un segundo, duró años? Toda una vida de angustia viví en aquel lapso de tiempo, créeme. Y la expresión de mis ojos debía ser desesperada y todo el dolor de mi alma debía vibrar en ella, porque la mirada de estupor del duque de Monroy se dulcificó, y con voz trémula y compasiva (a caso le conmovió mi debilidad) dijo muy quedo:

—Vamos a la capilla: han dado las diez.

Me levanté rápida. Mi mano temblaba y su brazo también. Jorge estaba algo demudado, pero tenía un severo y noble aspecto con su uniforme de gala. No sé decirte cómo atravesé corredores, escaleras, galerías y patios hasta llegar a la capilla, ni recuerdo otra cosa que un confuso revoltijo de armonías de violines y charlas dentro del templo y vocerío de la multitud a la parte de afuera. Eso, primero. Después, el silencio más completo. La figura imponente del Nuncio, servido por una

legión de clérigos, entre los que apenas descuella la menudita y simpática silueta de don Blas; las palabras de ritual pronunciadas por Jorge con apagada voz, la bendición en cuyo instante ha herido mis ojos la luz fulguradora del anillo de Monseñor, sacándome de una especie de bobera, y la lectura clara y reposada de la epístola de San Pablo... De la plática, nada sé... Los acordes de la orquesta me han dado a entender que el desposorio había concluido, y automáticamente he besado y felicitado a la nueva duquesa de Monroy. Lina me ha estrechado contra su corazón efusivamente. Había lágrimas en sus ojos cuando me ha dicho:

—Gracias, gracias: me acordaré siempre.

Después me he vuelto hacia Jorge... Le he tendido la mano...

—Que seas muy feliz — he tenido el valor de articular.

Pero Jorge ni me ha contestado, ni ha hecho más que estrechar ligeramente mi mano.

Al volverse a formar la comitiva, he ido del brazo de tío Pepe Sorans. Y debía ser desastroso mi aspecto (al menos para tío Pepe, que está en interioridades), que me ha dicho rápidamente en voz baja, mientras la comitiva aclamaba al duque y a la duquesa de Monroy:

—Aunque Flora te diga que te quedas, no te quedas, ¿verdad? Tú vas a morirte, Inés: esto es para un cuerpo mayor. Mañana te vienes con nosotros. Luego, hablará contigo Rosa.

Mientras ha tenido lugar en el gran salón la breve ceremonia del matrimonio civil, he ido a mi cuarto, donde Madame Chaumoís (qué comprensiva es esta excelente mujer!) me aguardaba con una taza de tila y un comprimido de bromuro, esperándose quizás una crisis nerviosa. Lo he tomado agradecida y he obedecido a un aviso perentorio de Flora, que me reclamaba para impresionar los grupos que verás en las revistas ilustradas. Inmediatamente después hemos cambiado de traje y ha empezado el almuerzo, presidido por el duque y la duquesa de Monroy. También Lina estaba muy bonita con su primer atavío de joven señora. Nada te digo de la suntuosidad del servicio y de los primores de la cocina. El "chef" se ha excedido a sí mismo. A las cuatro estaba fijada la mar-

cha de los novios, quienes han desfilado en un automóvil hacia Cannes y Niza, para entrar después en Italia. La despedida de Jorge y de su madre no ha sido tan fría como el arribo. De la mía nada digo, porque positivamente, y en vista de su actitud, deduzco que todo el amor del duque se ha convertido en odio. En seguida ha comenzado la desbandada general. Ruidos de bocinas y roncar de motores, hacían retemblar los recios muros del patio de armas. El pintoresco desorden de la despedida me ha distraído por un momento de mi pesadumbre, en esta memorable tarde. A las ocho de la noche no quedaban en Monroy más que los Sorrosal y los Sorans.

Efectivamente, Flora quería que me quedase con ella hasta el regreso de los recién casados, pero tío Pepe le ha dicho que por encima de todo me voy con él, que hace mucho tiempo que me desea Rosa una temporada y que aún no lo ha podido conseguir. Así es que mañana salgo con los condes de Sorans hacia Valencia. Allí estaré con ellos hasta junio, en que se trasladarán a Biarritz, y entonces, tía Rosa me ofrece su vieja casona del Faro San Antonio; un caserón antiguo que ella heredó de sus abuelos, al cual no van nunca, pero que reúne todas las condiciones necesarias para que yo haga en él la cura de reposo que Malverde me ha recetado.

Dile a tu marido que se ha perdido una cosa buena, por no venir; porque esto ha sido principesco.

Celebro la mejoría de la enferma, cuyo completo restablecimiento deseo, y te abraza efusivamente "Inés".

De Madame Chaumois a Inés Fonsagrada.

Castillo de Monroy, 2 de mayo.

Muy distinguida y querida señora:

A poder de la señora duquesa ha llegado su carta fechada en Valencia, en la casa solariega de la señora condesa de Sorans; la señora duquesa se congratula de que la aristocracia valenciana haya tenido para usted tan excelente acogida, y desea que la temporada en esa hermosa ciudad de la "eterna primavera" sea beneficiosa a su espíritu necesitado de un cambio de lugares y personas. No es-

cribe ella mismo y delega en mí, por tener desde hace un par de días un nuevo ataque de reuma que la inutiliza todo el lado derecho.

La señora duquesa no es tan feliz como ella esperaba serlo con este casamiento tan deseado. Ahora que ha pasado la fiebre de los acontecimientos de estos últimos días y hemos vuelto a la normalidad, se la ve taciturna, muy metida en sí misma y muy preocupada... Quizás empiece a ver el lado agrio de la cuestión que antes no ha querido mirar, tal vez para que algún escrúpulo de conciencia no actuase de estorbo al plan trazado desde hace tantos años y que "había de realizarse por encima de todo", según su propia frase.

La actitud fría y hostil del duque, ¿no le parece muy elocuente, señora duquesa? Yo creo que, por ciega que esté su madre, se habrá percatado de ella. Y tal vez, ahora que mide el abismo que se ha abierto entre ella y su hijo, se pregunte a sus solas: "¿Qué es lo que he hecho?" Porque esa idea fija la tortura. Frecuentemente, cuando estamos solas, suele oírse la rezar estas palabras cual una cantinela: "Dios quiera que todo sea para bien, "madame"; yo para bien lo hice".

Todo esto indica un pensamiento dominante, hijo de alguna inquietud y recelo. Y créame, señora, que no falta razón, porque don Blas me ha contado... ¡Pobre don Blas! ¡Qué mal le ha sentado este casamiento!

Pues don Blas me ha contado que el mismo día de la boda, al terminar el almuerzo de gala, el duque le pidió unos minutos de conversación, y encerrados en las habitaciones del capellán, tuvo lugar entre ellos una extraña conferencia. Jorge de Monroy tomó asiento con calmada actitud en un sillón y con esa voz hueca y monótona que usted no puede por menos de haberle advertido como novedad este último viaje, declaró, paralizando la sangre de don Blas, que confiesa haberse quedado estupefacto:

—Vengo a consultarle a usted mi plan, don Blas. He pensado una fórmula de amistosa separación que alejará de mi nombre el escándalo de una ruptura y me librará de la

(Continuará)

Lo que vale la resignación

"La resignación — me decía en días pasados una amiga — es palabra que debía eliminarse del vocabulario, porque no se resigna una ante la imposibilidad material de conseguir o hacer una cosa determinada, sino que se queda, sencillamente, con las ganas de poseerla o hacerla, lo que es bastante diferente. Por esto la resignación no existe".

Analizando bien es preciso convenir en que pocas son las personas que se encuentran satisfechas con su suerte o su destino. Unas se quejan por no obtener lo que les hace falta imprescindiblemente y otras por no rodearse de lo superfluo, por no lucir o divertirse como Zutano o Mengano. El caso es que todas estas contrariedades contribuyen a amargar el carácter, generando un raro egoísmo, un egoísmo sin propósitos mezquinos y una envidia a la que se coloca sordina por el qué dirán.

Tenemos, por ejemplo, que la señorita que lleva una existencia cómoda, holgada en la casa de sus padres, envidia en silencio la libertad y desenvoltura de las jóvenes de su edad que trabajan, que gozan de una autonomía relativa, que disponen en ocasiones de sus sueldos para sus gastos personales y se comportan con la seguridad de quienes en la lucha cotidiana se han templado y ya no se arredran por dificultades, siendo dueñas de sus actos y eminentemente reflexivas.

Pero en secreto esas mismas jóvenes, obligadas en su mayoría a asegurarse las entradas de su empleo, preferirían vegetar en sus casas, dejar que los días transcurriesen en calma, aunque no tuviesen esa libertad forzosa, ese desenfado aparente que a las demás admira y cautiva.

La que vive en un pueblo de provincias daría quizás años de vida por estar en la ciudad grande y tumultuosa, creyendo que todo el dinamismo que se registra es de plena diversión, anhelando bañarse en sus luces y alturdirse en su vértigo. No obstante la que forma parte del engranaje vivo, laborioso de la ciudad y aun aquellas que descansan muellemente, querrían hallarse en una localidad

tranquila, serena, donde reposasen sus nervios y encontrasen sedante para sus almas. Y esto es lo que las lleva en cada oportunidad que se presenta a huir de la urbe hacia los rincones más apartados, por idéntico motivo que las de tierra adentro se hacen escapadas furtivas a la capital, cosa que demuestra bien a las claras la verdad de aquel viejo aforismo según el cual la condición humana es tal que nadie está contento con su suerte.

La deportista consumada, a veces no está contenta con sus actividades y preferiría descollar en el orden intelectual o pasarse las horas en bailes y tés danzantes. Y la joven hastiada de reuniones y fiestas llega un momento que si no fuese por seguir la rutina, rompería con sus compromisos para dedicarse a dar saltos atléticos en las canchas de deportes.

Las que pese a esas aspiraciones insatisfechas, o gustos imposibles, o actividades fuera de sus alcances, no se arman de resignación, presto agriarán sus días y en lugar de distraerse, al reconcentrarse y meditar constantemente en su poca suerte acrecentarán su hipotética desventura y todo ello por no resignarse, por falta de conformidad, ya que pareciera que esto equivale a anular las ambiciones y los naturales anhelos de cambiar en provecho evidente.

Hay quienes al ver a otros en automóvil o con mejores vestidos sienten clavado en su corazón el dardo de la envidia. En cambio en otros caracteres despierta noble emulación y les da más bríos en el bregar cotidiano, aunque puede suceder perfectamente que contemplan todo con absoluta indiferencia. Por desgracia, el número de los que se conforman es notablemente inferior al de los descontentos.

El mérito de la resignación estriba en que coadyuva a la felicidad y hace grata la existencia. Quien sabe resignarse no experimenta desazones molestas y resulta más comprensivo y tolerante con los defectos ajenos, toma la existencia desde una faz amable juzgándola digna de ser vivida en su intensidad,

no como un suplicio acerbo, como una obligación impuesta ineludible y torturadora.

He ahí la importancia de la resignación, que si pudiera parecer antipática a los espíritus en demasía ambiciosos, hasta el punto de poder pedirse su destierro del vocabulario, en

trueque hace falta y es insustituible en los corazones. Sin conformidad habría que derramar muchas más lágrimas y que sufrir en proporción bastante mayor.

Rosa Blanca.

De Apologética

La Religión y el Progreso

He aquí un diálogo de interés y actualidad entre X intelectual y Z heterodoxo:

X. *No me gusta ese señor para profesor ni para gobernante porque es muy religioso, un místico.*

Z. *¿Desde cuándo la religiosidad es sello de incompetencia para enseñar o mandar?*

X. *Los místicos son muy ñoños, y muy hipócritas, y muy cerrados a los avances del progreso, y muy exigentes y tiranos.*

Z. *Conozco muchos que no son así: Es posible que algunos lo sean: Pero no lo serán por ser religiosos o místicos. La hipocresía y la tiranía le están vedadas por la religión. Y es cabalmente su religión quien le invita, quien le acucia, a captar toda manifestación de legítimo progreso.*

X. *¿Cómo así? ¿No prohíbe la religión discutir sus dogmas? ¿No es esto oponerse al progreso de la ciencia?*

Z. *Las discusiones científicas de los dogmas para conocer mejor sus fundamentos jamás las ha prohibido la religión; y prueba de ello son los innumerables volúmenes de los Doctores escolásticos de que están llenas las bibliotecas. Lo que prohíbe la religión es negar o dudar de sus dogmas, porque sabe ella ciertamente que son verdaderos. Pero el prohibir o negar los estorbos de la verdad no es oponerse al progreso; es oponerse al retroceso.*

X. *Y ¿cómo sabe la religión que precisamente sus dogmas, y no los contrarios, son los verdaderos? No será ello una vana presunción?*

Z. *Eso lo sabe porque se lo ha revelado quien ni le quiere ni le puede engañar, Dios. No es ninguna vana presunción sino auténtico postulado de recta razón que Jesucristo, reve-*

lador de los dogmas que profesa nuestra religión, se presentó en el mundo con tales credenciales de Dios que el descreído más exigente no podrá pedir más sin manifiesta obstinación y mala fe.

X. *De modo que según eso; han de tener los creyentes una fe ciega en los dogmas de la religión? ¿No sería esa ceguera un atentado contra los fueros de la inteligencia?*

L. *La religión no exige una fe ciega, sino firme y sólida. La creencia en los dogmas de la religión es un acto de fe; pero no de fe ciega. ¿Por qué? Por que el acto de fe supone otro acto libre y soberano de la razón por el cual el creyente alquiere certeza de que al creer no se equivoca. Esto es lo que San Pablo llama "rationabile obsequium fidei"; obsequio de la razón a la fe..*

X. *Pero; ¿quién podrá negar que la religión vive siempre adherida a sus tradiciones y odia toda novedad, fuente de progreso?*

Z. *La religión busca con afán y abraza con efusión todas las innovaciones de marca legítima lo mismo en ciencias que en artes que en cualquier linaje del humano saber y progreso. Es verdad que retiene con tenacidad, las sabias conquistas de los antepasados mientras no se demuestre su maldad o falsedad; ¿pero desde cuándo es progreso destruir lo antiguo, aunque sea bueno, para sustituirlo por algo nuevo de discutible bondad?*

X. *Un ejemplo. La libertad de pensamiento es una conquista de los modernos pensadores, Conquista muy fecunda en manantiales de progreso. Y la religión anatematiza tal libertad.*

Z. *No es verdad. La religión no ha con-*

denado ni condenará nunca la libertad de pensamiento. Lo que condena es el *abuso* de esa libertad. Creen algunos que libertad de pensar es el derecho de afirmar y negar cualquier disparate, la facultad de enseñar y propagar cualquier absurdo. Pero eso no es libertad, eso es abuso de ella y verdadero *libertinaje intelectual*. ¿De cuándo acá la libertad de pensar concede a nadie el derecho de creer que dos más dos son cinco, y que Venezuela es una nación asiática? La verdadera libertad de pensamiento está, no en apartarse de la verdad plenamente demostrada, sino en buscar las que aún no se conocen por los caminos que cada uno crea más convenientes y siguiendo las normas de la Lógica. Y esta libertad la ha querido y promovido siempre la religión, de quien es aquella célebre frase "*Indubius libertas*".

X. *De modo que, en resumen y volviendo al punto de partida, Ud. sostiene que la religión y el misticismo no restan a nadie capacidad de enseñar o mandar. ¿No es eso?*

Z. Es eso; y más que eso. Sostengo que,

lejos de restar esa capacidad, la hace crecer.

X. *Hay muchos que opinan de otro modo.*

Z. Se equivocan todos. Al alcance del más inerudito, está el catálogo extensísimo que la religión presenta de grandes profesores en toda clase de sabias disciplinas divinas y humanas, y de grandes rectores en todo linaje de ejemplares gobiernos. Profesores y rectores que debieron su formación cabalmente a los principios religiosos y a la conducta mística que observaron. ¿Para qué citar nombres en materia tan conocida? ¿Para qué pararnos a probar que la religiosidad infunde el amor al estudio, y excita al celo por el cumplimiento del deber, fuentes ambas de sabiduría y discreción?: qué agente mejor que un sano misticismo para sacudir la pereza en provecho de la laboriosidad, y ejercitar la justicia premiando la virtud y castigando la corrupción en la ciudadanía? Déme ingenios religiosos y místicos; y ya le daré profesores como Balmes y Pasteur, gobernantes como Cisneros e Isabel de Castilla.

Un Jesuita.



Manera de leer de Balmes

Del Boletín de la Editora Splendor, Santiago de Chile.

El gran filósofo español era original en su manera de leer.

Tenía la costumbre de envolverse hasta la cabeza en el manto después de haber leído un capítulo de un libro, y de reflexionar así a oscuras. Preguntado por un amigo, ¿por qué hacía eso?, le respondió:

—“El hombre ha de leer poco; pero selecto, y pensar mucho. Si sólo supiésemos lo que está escrito en los libros, siempre se encontrarían las ciencias en el mismo estado; y lo que importa es saber más que otros han sabido. En estos ratos de meditación a oscuras, mis ideas fermentan y el cerebro se convierte en una especie de hervidero”.

Teniendo por norma este criterio, al coger un libro, lo primero que leía era el título y el índice, después lo cerraba, y se pregunta-

ba: “¿Cómo desarrollaría yo el mismo asunto?” Y en seguida apoyaba la cabeza en las manos o se envolvía en su manto y se esforzaba en resolver por sí solo y a su manera el problema procurando con su meditación y reflexión llegar a una solución la más completa posible. Hecho esto, abría nuevamente el libro leía las respuestas y soluciones del autor y las comparaba con las suyas contrastando unas con otras y añadiendo a sus ideas las del autor. Durante la lectura de un libro, antes de pasar a un nuevo capítulo, procuraba resumir mentalmente el contenido del anterior. Esta manera de leer es la más apropiada para darse cuenta exacta de los libros que se leen, y la conduce más directamente a la originalidad o inventiva.

La mies es mucha

La vocación eclesiástica o religiosa es una gracia incomparable no sólo para los dichosos que Dios llama a su servicio, sino también para sus familias; siendo una señal evidente de predilección y una prenda segura de bendiciones celestiales.

¡Pero cuántas veces las familias nada omiten a fin de sofocar en los niños la voz dulcísima del Señor!...

Los hijos, antes que vuestros, son de Dios: le pertenecen por estricto derecho y vosotros sois de ellos nada más que depositarios. ¡Desdichados de aquellos padres y de aquellas madres que se oponen a la vocación de un hijo o de una hija!

Felices, al contrario, los que, sin contrastes, ofrecen al Dueño Supremo de todo y de todos el fruto de su cristiana unión, el objeto de su puro amor!...

¡Qué grande será la recompensa que recibirán de Dios, en esta vida y especialmente en la otra!

¡Y qué consolación purísima para ellos, el poder decir de haber dado a la Iglesia un apóstol, salvador de innumerables almas, que un día formarán en el cielo su esplendorosa corona!

“La obra más Santa, ha dicho San Vi-

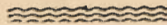
cente de Paúl, que es posible hacer en esta tierra, es dar a la Iglesia un Santo Sacerdote”.

Escribiendo eso, nos viene el recuerdo de un magnífico libro escrito por Pierre Lhande, titulado: “Mi pequeño sacerdote, narración de una madre”.

Este libro que, con mucho gusto veríamos traducido al castellano, como lo fué a otros idiomas, puede decirse la condenación de los por desgracia no escasos padres, quienes, por egoísmo, por miserables intereses materiales, por falsa piedad, o por ignorancia y poco aprecio de la dignidad sacerdotal, impiden que sus hijos se consagren a Dios.

El demuestra la actuación magnífica de una madre, que por medio de innumerables sacrificios y superando obstáculos de todo género, resplandece como ejemplo nobilísimo de respeto delicado y cuidado celoso de la vocación de sus hijos.

La lectura de libros semejantes, sobre todo por parte de los padres, está destinada, sin duda, a hacer mucho bien, y ayudará no poco a remediar la presente crisis de vocaciones eclesiásticas y religiosas de que tiene suprema necesidad la Iglesia Católica, para extender el Reino de Jesucristo sobre la tierra.



La mujer del intelectual

Los deberes de esposa son diversamente difíciles, según sea la calidad espiritual del esposo. Hay hombres de espíritu sencillo para quienes la esposa es la confidente y consejera de todos sus pensamientos y asuntos; pero otros poseen un espíritu complejo, sutil, artístico, muy difícil de comprender y dirigir, y sus esposas serán compañeras ideales si saben permanecer dignamente alejadas de la vida espiritual del esposo; por eso la esposa del intelectual sobrelleva en el matrimonio una responsabilidad muy delicada, debiéndose

muchas veces a su fino tacto para evitarle las preocupaciones domésticas que el talento del hombre dé todos sus frutos sin esfuerzo.

El trabajador intelectual necesita soledad, silencio y tranquilidad espiritual, para meditar y realizar sus obras; es decir: necesita que otro cuide de crearle un ambiente apropiado, que le conduzca a través de las mil pequeñas miserias de la vida cotidiana sin advertirlas, evitándole en lo posible los choques de sus ideales con la prosaica realidad. Pero las esposas suelen aprovechar la oportunidad de

que sus maridos están en casa o han vuelto de sus ocupaciones para contarles los incidentes domésticos del día, conflictos de familia o murmuraciones de amistades, cuando no les hacen efectuar algunos trabajos caseros que a ellas les ofrecen dificultad, tal como colgar cuadros, colocar cortinas, arreglar desperfectos de la instalación eléctrica, etc.; estas menudencias distraerán a otros hombres, pero fastidian al intelectual que necesita sus ocios para reposar el espíritu o meditar, y aunque por atención a su compañera la escuche pacientemente y haga cuanto le pide, no dejará de sentirse molesto y fuera de su ambiente.

Desgracia grande será para ambos esposos que la mujer no advierta la conveniencia de eclipsarse cuando su presencia es inoportuna, porque el hecho de no saber comprender la idiosincrasia de su esposo hará que el marido la considere poco inteligente e inmerecedora de ser su compañera, de lo cual a despreciarla no hay más que un paso; y como los intelectuales son gente de carácter fácilmente irritable, poco tolerantes para sobrellevar las pequeñas miserias de la vida, pronto se cansará el marido de ser atento a las vulgares preocupaciones de la esposa y de simular que se preocupa por ellas, escuchando con fastidio evidente sus conversaciones; del fastidio se pasa a la cólera y de la cólera al altercado, y ya tenemos un matrimonio mal avenido a cau-

sa de futilidades que fácilmente hubiera evitado una mujer de tacto.

No cabe duda que el intelectual debe considerar escrupulosamente las cualidades espirituales de la mujer que elige para esposa, a fin de evitar estos conflictos ulteriores; pero una vez casados la responsabilidad de los hechos corresponde casi exclusivamente a la mujer, la cual debe proceder de manera que jamás represente un obstáculo en la vida del hombre, además que sólo se trata de ser algo más perspicaz, prudente y delicada que las otras esposas, pues ella convive con un hombre de espíritu, lo cual implica comprensión de las cosas del espíritu, y esto, aunque no todas las mujeres pueden comprenderlo fácilmente, no es un imposible para la mujer.

Por otra parte, el intelectual aprecia la delicadeza y prudencia en el trato familiar más que cualquiera otra brillante cualidad femenina, que probablemente admirará en otras mujeres como un bello espectáculo de ricas sugerencias para su arte; pero la mujer con la cual convivirá todos los días hasta el fin de su vida le es más querida por su cualidad de compañera irremplazable, poseedora de esos sutiles encantos que brillan solamente en el interior del hogar, que por ser bella o espiritual, méritos que se lucen orgullosamente en público, mas en la vida íntima son menos valiosos que los primeros.



Écos del hogar para meditar

La felicidad de los matrimonios depende siempre de dos condiciones esenciales en la vida. Primera: que haya espíritu religioso en los consortes: la Religión sincera en el marido, lo hace valiente en el cumplimiento de sus obligaciones y honrado en todos los deberes de fidelidad, manteniéndolo y cuidado por la salud e higiene del hogar. La Religión en la esposa, es prenda de seguridad para el marido, que el temor a Dios es la mejor garantía para el honor de una mujer.

La segunda condición es la Buena Educación en el trato mutuo, que es prenda de bondad del corazón. Esposos malcriados, groseros en el trato, insolentes en sus procedimientos, es imposible que cultiven hondo y verdadero amor. Con grosería no se puede amar jamás; el amor es siempre delicado entre seres racionales.

Mujeres sin religión, con suma facilidad se hacen mundanas, superficiales y aun atrevidas, sin miedo al desbarajuste del hogar.

RECETAS DE COCINA

Conejo frito a la cazadora.—La víspera se pela el conejo, se limpia y se adoba con sal y pimienta; al día siguiente se fríe en manteca caliente y cuando está dorado se le agrega media cebolla finamente picada, se fríe un ratito más y se espolvorea con una cucharada de harina, se le agrega medio vaso de vino blanco y agua hirviendo lo suficiente para que tape el conejo, sal, pimienta, un tomate pelado y sin semillas, una ramita de laurel y tomillo, se tapa y se deja hervir muy despacio dándole vuelta al conejo hasta que esté casi suave, entonces se le agrega una latita de champiñones partidos a la mitad, se continúa cocinándolo hasta que el conejo esté muy suave. Y se sirve acompañado con una legumbre.

Flán de arroz.—Temprano se pone en agua fría un cuarto de libra de arroz bien lavado; 6 manzanas se pelan y se les saca con un saca bocados el corazón y se ponen a cocinar en agua con azúcar suficiente más o menos una libra, hasta que las manzanas estén deshechas; cuando el arroz está suave, se le escurre el agua, se le agrega una botella de leche fría, una vaina de vainilla o una cucharadita de extracto de vainilla y se pone a cocinar en el horno caliente hasta que el arroz esté suave, si se seca mucho y el arroz no está suave se le agrega más leche; cuando está suave se le pone azúcar al gusto y la punta de un cuchillo de sal y se deja cocinar un rato más, se retira del

fuego, se deja enfriar un ratito y se le agregan dos yemas crudas bien batidas, se vuelve a poner al fuego y se deja hervir el arroz un rato más, meneándolo constantemente, se retira del fuego, y se deja enfriar. Se pone en la tabla de amasar vaso y medio de harina, en el centro se echan dos cucharadas de manteca, una cucharadita de sal y agua fría suficiente hasta formar una pasta que se pueda amasar, se deja una hora en un lugar fresco o sobre el hielo, luego se extiende con el bolillo hasta que quede bien delgada la pasta; con esta pasta se forra un molde para pastel untado de manteca cortando los bordes de la pasta con un cuchillo; se llena el molde con la mermelada de manzanas preparada, se mete al horno caliente hasta que la pasta esté asada, no muy dorada; se baten dos claras a punto de nieve, se mezclan muy despacio con el arroz y se pone sobre el pastel y se vuelve a meter al horno hasta que el arroz esté dorado, se retira del horno y se sirve frío.

Limonada refrescante.—Se pone a hervir durante dos horas 3 puñados de cebada lavada en 4 litros de agua, junto con la cáscara de 2 limones sazones y de dos naranjas maduras, luego se pasa esto por un colador de manta rala, se agregan 200 gramos de azúcar y se deja enfriar, se le agrega el jugo de 3 limones y de 2 naranjas, se ponen en el hielo y se sirve bien frío.

El Rosario de mi Madre

Por Salvador Rueda

De la penuria de tu herencia triste
Sólo he querido ¡oh madre! tu rosario;
Sus cuentas me parecen el calvario
Que en tu vida de penas recorriste.

Donde los dedos, al rezar, pusiste,
Recorriendo el camino solitario,
Como quien reza a Dios ante el Sagrario,

Voy poniendo los besos que me diste.

Sus cristales prismáticos y oscuros,
Collar de cuentas y de besos puros
Me ponen al dormir círculo bello.

Y del humilde lecho entre el abrigo,
Me parece que tú duermes conmigo
Con tus brazos pendientes de mi cuello.

La esperanza

En esta vida tiene además una función importantísima la virtud de la esperanza. La esperanza es la compañera inseparable del dolor; el dolor sin esperanza es algo amarguísimo, insufrible.

El dolor hace a las veces desfallecer; el dolor oprime, el dolor aplasta... Aplastó a Jesús que es la fortaleza del cielo... ¿No se sintió abrumado la noche de Gethsemaní? ¿no sudó sangre? ¿no agonizó? ¿no sintió tedio y tristeza de muerte? ¿no exclamó "si es posible, Padre, pase de Mí este cáliz?" Pues si abrumó a Jesús, ¿cómo no había de aplastar nuestra fragilidad? Y necesitamos en medio de nuestros sufrimientos algo que levante nuestra debilidad, algo que fortalezca nuestra miseria, algo que, sin anular el sufrimiento, nos haga vislumbrar en la lejanía un gozo, una dicha, que nos fortifique y que nos haga capaces de soportar el dolor.

Jesucristo, como lo enseña S. Pablo, miró a lo lejos el gozo divino, el gozo de glorificar al Padre, el gozo de hacernos felices a nosotros...; y porque se le propuso ese gozo, por eso soportó la cruz. ¡Ah! ¡la cruz es muy bella, la cruz es muy fecunda, la cruz es muy preciosa! Pero la cruz sola nadie la puede soportar; el dolor podemos llevarlo en el corazón siempre que nuestros ojos contemplen el gozo en la lejanía. Así soportó Jesús la cruz: "Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem. —

Habiéndosele propuesto el gozo, soportó la cruz" (2).

Por eso la esperanza que nos hace ver en la lejanía el gozo dulcísimo, la dicha cumplida, es la compañera inseparable del dolor. El dolor sin esperanza es cosa tristísima, desoladora. El dolor con la esperanza es una combinación admirable.

Permítaseme una comparación un poco prosaica, pero que me parece muy a propósito para hacer comprender mi pensamiento: así como los médicos combinan ciertas medicinas, ciertas sustancias, para que contrarreste la una el efecto de la otra; así también Nto. Señor ha hecho esta combinación feliz del dolor y la esperanza. Por ejemplo, la aspirina es un maravilloso anestésico, pero tiene su contra-indicación, como dicen los médicos: produce un efecto en el corazón que puede ser nocivo; pero la combinan con la cafeína para contrarrestar ese efecto y aparece la "cafi aspirina", combinación feliz.

Una combinación así esta del dolor y la esperanza. El dolor es magnífico, es la gran medicina en la vida espiritual; pero tiene una contra-indicación: puede abrumarnos. Para contrarrestar ese efecto, se le junta la esperanza, y con el dolor y con la esperanza podemos recorrer en paz el triste desierto de este mundo, con los ojos y el corazón fijos en la tierra prometida de la eternidad.

Pictorial Review

El patrón más exacto

El más elegante

Lo encuentra Ud. en la

TIENDA DE DON NARCISO

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073